

Naturaleza y gracia: las paradojas existenciales de T. Malick

cine

Francisco José García Lozano

«Hay dos caminos que puedes seguir en la vida: el de la naturaleza y el de lo divino. Debes elegir cuál vas a seguir. El camino de lo divino no teme el desagrado ni huye de los sacrificios, mientras que el camino de la naturaleza tiende a la autocomplacencia y a la autoafirmación sobre los demás.»

Ganadora en la última edición del Festival de Cannes de la Palma de Oro, *El árbol de la vida* es la nueva película escrita y dirigida por Terrence Malick (EE.UU., 1943), cineasta enigmático donde los haya, dentro y fuera de la pantalla que, pese a pertenecer a una generación de cineastas que cambiaron la fisonomía del cine americano en los años setenta (John Milius, Francis Ford Coppola, Martin Scorsese, Brian De Palma...), siempre ha permanecido al margen de todos ellos, haciendo un género de películas independientes y de temáticas muy personales que causa fascinación o rechazo a partes iguales. Ello explica que, tras una arranque prometedor en los años setenta con dos películas de culto, *Malas tierras* (*Badlands*, 1973; Concha de Oro en

San Sebastián) y *Días del cielo* (*Days of Heaven*, 1978, por el cual el español Néstor Almendros ganó un merecido Oscar a la Mejor Fotografía), la carrera de Malick no se reanudó hasta veinte años después con *La delgada línea roja* (*The Thin Red Line*, 1998; Oso de Oro a la Mejor Película). Siete años más tarde firmaba *El nuevo mundo* (*The New World*, 2005); y, tras seis, nos brinda la película que comentamos. Cada estreno de uno de sus trabajos es siempre un acontecimiento, aunque para los desconocedores de su obra y de su estilo, no es un cine para degustar a la ligera, pues requiere siempre una cierta disposición previa; en éste caso Malick ahonda una línea temática presente en todas sus películas como es la tensión entre el curso vital del ser humano y el discurrir de los fenómenos naturales. O, si se prefiere, entre la paradójica coexistencia de la gracia y la naturaleza que nos hace ser capaces de lo mejor y también de lo peor.

El árbol de la vida no es una película argumental, ni narrativamente lineal –casi todo es un *flashback* de los recuerdos de Jack O'Brien–, pero tiene una sencilla trama nuclear. Se fija en un pequeño universo que casi no rebasamos en toda la cinta, el de los alrededores de una casa de la América de los años cincuenta, donde una familia aparentemente normal vive su vi-

da, los O'Brien, pareja encarnada por Brad Pitt y Jessica Chastain y sus tres hijos. Malick disecciona la vida de los O'Brien: su profunda fe religiosa, el autoritarismo del padre, el amor y la tolerancia de la madre, los consejos de la abuela, la relación con sus vecinos, los juegos entre los críos y la reacción ante la muerte de uno de éstos. La narración se interpola con saltos temporales que muestra al mayor de los retoños Jack (Sean Penn), ya adulto y arquitecto de éxito que se siente vacío y angustiado por la pérdida de su hermano y su relación con su padre. Dos horas largas de búsqueda en la que la libertad es tan protagonista como el amor, para un director que no impone una única lectura (estamos ante un film con abundantísimas capas de lectura) y en la que el espectador debe sacar sus propias consecuencias.

«Dios manda moscas a heridas que debería curar». Como atestigua el libro de Job, hilo conductor de esta película, el hecho de que una vida recta, cumplidora con los preceptos marcados por la religión y llena de virtud no proteja contra las desgracias y el flagelo del dolor y la muerte, ha sido siempre uno de los principales escollos para la fe. «¿Dónde estabas, Dios mío, cuando murió nuestro hijo?», es la pregunta e inquietud de la protagonista con la que Malick quiere

plantear el problema del mal en el mundo y buscar el sentido de la muerte. Dios responde como respondía a las acusaciones de Job: «¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la tierra?». Todo da comienzo: el Sol, los planetas, el agua, la vida. Malick se remonta al origen de los tiempos y nos ofrece hermosas e impactantes imágenes de eso tan indefinible como es el milagro de la vida, enlazado todo ello de manera excelente con los sentimientos humanos: amor, odio, felicidad tristeza... y una excepcional partitura de la mano de Alexandre Desplat, que incide en esta búsqueda de esperanza a través del camino del dolor y la oscuridad (la epifanía de una galaxia que nace majestuosa con la *Lacrimosa* de Zbigniew Presiner, la vida de los O'Brien al compás del poema sinfónico de Smetana...). Malick hace una vez más explícita su capacidad innata para la observación pura de la naturaleza, no como un entorno preciosista, sino como una metáfora de lo que quiere expresar y también como conexión de sus criaturas con algo más grande y eterno que ellos mismos. En todo su cine, el hombre y la mujer, sin el paisaje, sin los campos de trigo y los bosques, sin las selvas y los ríos, no son casi nada: Malick recupera con ello los paraísos perdidos, lejos de las urbes y la civilización, aunque tales paraí-

sos no resulten tan gratificantes y salvadores al final.

De este modo, *El árbol de la vida* es al mismo tiempo un retrato familiar íntimo y una digresión filosófica sobre la existencia humana. Todo el film es un intento de ilustrar este diálogo dramático entre Dios y el ser humano herido por el mal. La familia O'Brien tampoco entiende el sentido de la muerte de alguien joven, y duda entre seguir el camino de la naturaleza o el de la gracia, en rebelarse ante Dios o acercarse a Él con confianza, y cuáles son los designios de la elección entre un camino y otro (la naturaleza que se complace a sí misma en contraste a lo divino que se entrega al universo). Una brecha entre la naturaleza y la gracia que va siendo desgranada desde una voz en *off* omnipresente desde los primeros planos, y que se va concretando en ese padre severo y autoritario (el camino de la naturaleza) para quien la esencia de la educación está en la disciplina y la severidad, y una madre cariñosa y acogedora (el camino de la gracia) que queda en una difícil posición entre su marido y sus hijos, y hace que ambos sean como las dos caras de un mismo Dios de justicia y de misericordia, en correspondencia a la perspectiva dominante en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Terrence Malick, aunque siempre narra algunas de las más terribles negruras del alma del ser humano, tiene plena confianza en él, y no se cansa de esperar que lo mejor de él remplace a lo peor y que seamos capaces de encontrar la belleza en el mundo que nos rodea y que dejemos de revolcarnos en nuestras miserias. *El árbol de la vida* viene a ser un poema visual en el que Dios mira al hombre y lo pone a prueba, pero sin dejarlo sólo y decirle que se fíe de Él, y que más allá de sentimientos de culpabilidad y de dolor, la felicidad está en descubrir el amor («*si no sabes amar, tu vida pasará como un destello*») y aceptar incluso el dolor como una consecuencia más de ese amor («*te lo entrego a ti, te entrego a mi hijo*», dice al final la Sra. O'Brien inundada de paz y de luz), acogiendo el perdón como la

única y definitiva prueba de amor pleno.

Ficha técnica:

T.O.: The Three of Life.

Director: Terrence Malick.

Nacionalidad: EE.UU.

Año: 2011.

Duración: 141 minutos.

Género: Drama.

Intérpretes: Brad Pitt (Sr. O'Brien), Sean Penn (Jack), Jessica Chastain (Sra. O'Brien), Fiona Shaw (abuela), Irene Bedard (mensajera), Hunter McCracken (Jack joven), Laramie Eppler (R.L.), Tye Sheridan (Steve).

Música: Alexandre Desplat.

Fotografía: Emmanuel Lubezki.

Web oficial: <http://www.twowaysthroughlife.com/>